

Una reflexión sobre la familia, en el contexto de hoy

Mauro Magatti/Chiara Giaccardi
Ponencia para la Asamblea general de la USG
Roma, Salesianum, 29 de mayo de 2014

~ Premisa: crisis, pero al mismo tiempo oportunidad

En las últimas décadas la familia ha entrado en **crisis**: el número de divorcios se ha incrementado, ha crecido el número de nacimientos fuera del matrimonio, se han multiplicado las familias mono parentales, se ha reducido el número de matrimonios. He aquí algunos de los fenómenos más evidentes de esta crisis. Hay personas que se preguntan si no ha llegado el momento de poder prescindir de la familia.

En realidad, la crisis de la familia se debe a dos factores que a veces se indican como elementos cruciales de nuestra vida contemporánea: **el hiper-individualismo y el hiper-tecnicismo**. Si no los tenemos en cuenta, estos factores pueden presionar este delicado organismo (y no solo él), por lo menos de las formas que conocemos.

Pero el riesgo que se corre es tirar al niño junto con la toalla. Y corremos el riesgo de pagar un precio muy alto. El punto central tiene que ver con el recorrido que nos hace humanos, plenamente. Por lo que sabemos de nuestra historia, es sencillamente impensable poder imaginarnos cortar el vínculo entre generaciones y sexos, que es un rasgo que califica a la familia, y que sigue siendo decisivo para la constitución y reconstrucción de lo humano.

Por otro lado, la condición en la que se encuentran muchos hombres y mujeres plantea múltiples interrogantes que no podemos eludir: una vez que hemos reiterado el valor y la naturaleza de la familia, ¿cómo afrontar su paulatino desmoronamiento?

En realidad la **situación no es tan negativa como parece**. Junto con la negación, hay una pregunta latente. Podríamos decir que la familia está ciertamente en crisis, en el sentido que está buscando modalidades para un nuevo ajuste. En un contexto hostil, la familia sigue siendo importante, y muchas personas siguen pensando que tiene un rol central para nuevas experiencias de vida. Y podemos decir que es verdad que detrás de las brechas que la crisis ha abierto, se esconden nuevos modelos de familia. Una familia más consciente de sí misma, más respetuosa de su vínculo con el ambiente que la rodea, más atenta a la calidad de las relaciones internas. Una familia en búsqueda de nuevos modelos de convivencia, de hogar, de trabajo, donde es necesario volver a contratar las relaciones de género y las relaciones entre generaciones. Se podría llegar a decir que **hoy hay menos familia, en el sentido de cantidad, y más familia en el sentido de calidad**.

~ Una historia de familia

Comenzamos diciendo que la **familia no es un valor abstracto, sino una realidad concreta**, hecha de personas con un rostro, un nombre y una historia. Por esto se nos ha pedido que les hablemos a ustedes, porque somos sociólogos, pero antes de serlo hemos formado una familia. Hemos estudiado el tema, pero al

mismo tiempo formamos parte de la realidad de la que hablamos. Y conocemos muy bien todas las bellezas y las fatigas, los momentos de gozo y desaliento, los milagros y la sensación de no poder seguir que hemos tenido en varias ocasiones.

Nuestro punto de partida es, pues, nuestra historia que queremos contarles no porque sea una historia ejemplar, o un modelo de éxito. Si así fuere, tendríamos que callarnos. Sencillamente, queremos decir algo de nuestra vida juntos, que tiene sentido porque es **real** (por consiguiente, nos habla de la posibilidad de una duración, ya que nos hemos casado hace 29 años), y porque es una **historia**, es decir una manera de ofrecer en don a otros nuestra propia experiencia.

Un filósofo italiano, Giorgio Agamben, ha afirmado que hemos perdido la capacidad de contar porque **hemos perdido la capacidad de hacer experiencia**: las cosas nos resbalan y pasan enseguida, acosadas por nuevas urgencias que no dejarán huella, sino más bien un sentido de vacío.

Sin embargo, cada vez que contamos, hacemos dos regalos a nosotros mismos y a los demás: a nosotros porque **nos apropiamos de forma más consciente de nuestra experiencia** y de su significado, y podemos avanzar, definiendo con más claridad una dirección sabiendo quienes somos; y a los demás porque **el contar, el narrar es un don que hay que compartir**, que puede ayudar a reducir distancias, crear alianzas, aligerar pesos.

Al igual que la de todos, nuestra historia es común y única. Nos hemos casado hace 25 años, después de terminar la carrera, pero sin trabajo. Y hemos podido beneficiarnos de un pequeño piso de familia, en el mismo edificio donde vivían los padres de Mauro. Hemos vivido como precarios durante dos años, forzosamente de forma esencial (pero luego nos hemos dado cuenta de que ha sido una escuela de libertad). Con el primer hijo de cinco meses nos hemos ido a Inglaterra para el doctorado, con una beca y muy poco dinero en el bolsillo. Una experiencia que ha durado tres años, con algunas vueltas a casa (mientras había nacido el segundo hijo) y que nos ha enseñado fundamentalmente una cosa: qué quiere decir ser extranjero. Pobreza en lo que a las competencias lingüísticas se refiere, sensación de incompreensión y, por consiguiente, de no sentirnos a la altura respecto a los códigos sociales, inseguridad en cómo ser padres, con un niño pequeño sin ayudas, sin consejos... Ha sido un periodo muy duro, pero, al mismo tiempo, a la hora de afrontar las dificultades para un fin común (tratar de formarnos oportunamente para poder trabajar en la Universidad sobre temas que nos parecían importantes) hemos apuntalado mucho nuestra alianza, y hemos empezado a comprender quiénes éramos, dónde queríamos ir, midiéndonos con nuestros límites y descubriendo también recursos insospechados. Luego ha llegado la tercera hija y, por fin, un puesto fijo en la Universidad, y más estabilidad, sobre todo económica.

Al vivir en el piso debajo de los padres de Mauro, pudimos agrandar un poco el piso porque la familia iba creciendo. De aquellos años recordamos una vida de puertas abiertas, con la belleza y la fatiga de una relación diaria con los abuelos, pero también todos conscientes, e in primis nuestros hijos, que la familia alargada es una riqueza, que merece sacrificios y supone también ratos de cansancio. Y ¡que los hay! ¿Por qué negarlo?

Luego llegaron otros dos hijos, y por las puertas abiertas han ido entrando otras personas, que han vivido con nosotros por tiempos más o menos largos. Una opción compartida también por nuestros hijos, en la perspectiva de una familia que 'respira', que habiendo recibido puede dar y que al haber engendrado, puede ser **'regazo' para acoger otras vidas**, a la espera de que vuelvan a emprender su propio camino. Una fase llena de belleza, con sus tensiones, porque la vida no es un ir de paseo, y las vidas de los demás acarrear sufrimientos que son, a veces, difíciles de manejar.

Entre estas historias una madre de Eritrea con su pequeño, para quienes durante varios años hemos sido la familia de apoyo, antes de que volvieran a emprender su camino. Hace tres años la madre murió por una enfermedad mal cuidada, y ahora el chico que tiene 18 años vive con nosotros, como un sexto hijo. Entre nosotros no todo ha sido siempre fácil. Hemos tenido momentos de crisis, profunda también: hoy el estar juntos, expuestos como estamos a poderosas fuerzas que tienden a separar, a fragmentar, constituye una empresa que a veces parece superarlos. En algunos momentos no ha sido fácil aceptarnos, y renovar las promesas. Si hemos "aguantado" ha sido porque, sin darnos cuenta, habíamos tejido hilos bien fuertes y que nos sostenían: **fidelidad** - que etimológicamente viene de *fides*, cuerda, - y que más que un acto de voluntad hay que ver como la construcción de esos hilos. Como cuando se escala una roca: llevamos con nosotros lo necesario para afrontar la subida.

Desde hace ocho años, recordando la experiencia de haber sido extranjeros y con agradecimientos hacia quienes, en aquella circunstancia, nos han ayudado, nos hemos trasladado con una familia más joven a una casa grande que pertenece a una orden religiosa secular, que ya no la habita, y allí acogemos por periodos de

un año como mínimo a familias de extranjeros que están tratando de integrarse en Italia, dos o tres núcleos cada vez.

Familias con familias, donde la pluralidad de los modelos emerge con toda su riqueza, pero también con todos sus problemas, donde las diferencias culturales y religiosas (la mayoría de nuestros huéspedes han sido hasta ahora musulmanes) constituyen un desafío para la capacidad de tolerancia y de diálogo, y obligan a relativizar algunos puntos que parecían indiscutibles hasta ahora, y que hay que mirar desde el punto de vista del otro. Familias de Marruecos, Etiopía, Kosovo, Ucrania, Cachemira, Rumanía... Familias que se encuentran cada vez más en dificultad y que son cada vez más mono-parentales, y que en la casa encuentran su espacio de intimidad, y al mismo tiempo la posibilidad de compartir momentos y espacios comunes.

Más allá de las apariencias, para nosotros es evidente que en esta historia hemos recibido mucho más de lo que hemos podido dar. Hemos recibido el don de la apertura que hoy podemos expresar así: si nuestra familia no se ha separado, si nuestros hijos no nos han dicho 'iros a freír espárragos' lo debemos a que nuestra vida ha tenido **fases diversas** y ha respirado **más allá de sí misma**.

Y quizás sea ésta una de las reflexiones más profundas que hay que hacer sobre la familia, hoy.

~ *La familia: Ahora se necesitan unos relatos que sean nuevos.*

Hoy más que nunca, cuando el valor de la familia ha dejado de ser una norma social, dicho valor no es y no debe ser algo abstracto, ideológico, unido a la imposición de un modelo desde arriba. **Su reconocimiento nace más bien de la experiencia; pero la experiencia necesita de una narración para poderla compartir**, para poder hacer 'cultura', para dejar una señal que dialogue con la historia. Una palabra que no sea solo *logos* (argumento, demostración), sino también *mythos* (narración que habla de la verdad de la vida, en su acepción literal que R. Panikar, entre otros, ha retomado).

Hoy a la familia le falta una narración en la que reconocerse, gracias a la cual puede dar a su experiencia un sentido compartido, con sus bellezas y dificultades.

Hoy más bien la familia se debate entre visiones ideológicas abstractas que son opuestas: la familia como valor amenazado y que hay que defender, inmutable en las formas "canónicas"; la familia como institución conservadora y anquilosada, que hay que cambiar para responder a las mutaciones sociales y culturales. En ambos casos, un lugar vacío para el diálogo, el objeto estático y abstracto de una contienda ideológica donde lo que está en juego es la prueba de fuerza entre conservadores y progresistas, y la familia no es que un puro y simple pretexto.

Una cita del Premio Nobel de la Paz E. Wiesel describe muy bien la situación:

¿Temas hacerte mayor?

Sí, temo hacerme mayor en un mundo que
no ama a los niños, a pesar de sus grandilocuentes declaraciones;
y que más bien hace de los niños el blanco de su despecho,
de su falta de confianza en sí mismo, de su venganza.

(*La danza de la memoria*)

¿Cómo ha sido representada la familia en el tiempo?

De ser un 'evidente' lugar cultural, palabra que no necesita justificaciones ('**mito**', como lo llamarían Otto, o Panikkar), capaz de fundar un sentido común y prácticas compartidas, la familia llega a ser por lo menos en Occidente una **narración romántica** en el cine de Hollywood, donde la dimensión de la emoción y de los sentimientos se impone, y donde la historia termina (con las palabras 'The End'), justo cuando todo debería empezar. Esto da inicio a una construcción ideológica que invierte la perspectiva y hace pensar que el punto de llegada es la coronación del amor romántico, el cierre del círculo mágico yo-tú.

Por otro lado, en el '68 y en los años siguientes, la familia es considerada como **lugar de opresión autoritaria**, y caldo de cultivo de la hipocresía de la pequeña burguesía. Como tal, es enemiga de la libre expresión de sí. Y en todo caso, la familia se ha impregnado del individualismo que ha dominado en la cultura occidental hasta hoy: **una opción privada**, una relación yo-tú que se basa en un cálculo gastos-beneficios (y también los hijos se convierten en objeto de cálculo), un punto de llegada tan arduo que se aplaza haciéndolo preceder de una convivencia de prevención que es posible revocar con más facilidad. En este cambio cultural se ha ido injertando aquella enorme innovación que es la píldora (y más tarde la legalización del aborto): por medio de un pequeño medio técnico se ha ido **separando el acto sexual del**

acto de la reproducción, volviendo de hecho inútil la obra tradicional que la comunidad y la cultura desarrollan para gestionar este delicado punto de la existencia personal y colectiva.

Y, en un cierto sentido, hoy es cuando la familia está viviendo de lleno el despliegue de aquel cambio histórico.

Hay que constatar, además, que **la narración de la familia de hoy es muy pobre**, y no atrae en absoluto: ni siquiera hay empuje para reconstruir, para al rescate social, para alcanzar condiciones de vida mejores y dejarlas en herencia a la generación que nos sigue, aunque sea a costa de sacrificios personales, como ocurrió en la posguerra. Hay una inseguridad que nos envuelve y que envuelve a los demás: ¿cómo puedo saber lo que quiero hacer dentro de diez años? Si a la libertad se la concibe como simple apertura al evento, entonces comprometerse de por vida no tiene sentido. Una **inseguridad de fondo** que se apacigua de momento con pequeñas certezas materiales, pero que deja un vacío que las cosas no llenan. En este contexto, ¿cómo puede atraer una vida en pareja, en el piso bien cerrado, con tantos pequeños objetos alrededor? Una situación que ahoga y que, como la crónica nos lo demuestra, está lista para explotar de forma dramática ante las dificultades que la vida nos reserva, inevitablemente.

Desde este punto de vista, la crisis actual puede ser buena en la medida en que nos ayuda a comprender que casarse no es el final sino el comienzo de una aventura, de un reto difícil, que dos personas deciden encarar juntas. Como si uno decide recorrer el río de la vida con otra persona y no a solas. Y la vida hay que inventarla e interpretarla, del todo. Si uno piensa que ha llegado ya, se empieza con mal pie, mejor dicho ni se empieza.

Un segundo aspecto: la **paulatina privatización** de la familia. Una conquista importante es la de dejar a los esposos la decisión de vivir juntos. Pero esto no significa llegar a decir, como hoy se hace, que se trata de una opción privada, que les concierne solo a ellos. Y puramente racional (según un cálculo utilitario). Construir una familia implica a otros (a los padres, a los hijos y a muchos más) y es siempre algo que tiene una dimensión de misterio. Por esto no es bueno perder el momento ritual: el matrimonio que así se piensa y concibe (cristiano o no) es un **momento ritual que marca el surgir de una nueva alianza en el mundo social y que introduce en el misterio**.

La familia que está en crisis es, pues, la familia nuclear totalmente privatizada que vive en su piso, y condenada a consumir. Es decir, que vive aplastada por un absoluto presente que choca con violencia con su misma naturaleza profunda.

Y quizás podemos decir que el hecho que esta familia esté en crisis es una suerte.

No es ésta la familia que debemos defender. Ni 'cualquier' familia.

Por esto, si queremos superar la crisis, **sirven un nuevo imaginario y una nueva narración de la familia**, capaces de abrir horizontes que se han ido apagando, o demasiado inciertos para cargarlos sobre hombros individuales.

Volvamos pues al concepto de narración que ha sido nuestro punto de partida. La **narración es intrínsecamente polifónica**, es una textura donde se entrelazan las vidas de muchas personas. La narración **indica que nuestra vida es relacional**, que no es un monólogo y tampoco un dúo. Además, como ya lo decía el filósofo Paul Ricoeur, es también una '**palestra ética**': nos obliga a nombrar, a distinguir, a poner orden, a unir, a evaluar.

¿Qué experiencia, pues, de familia, y para qué tipo de narración, que sea nueva?

~ Desarrollo y familia: las formas culturales y el futuro de la familia

No habría que olvidar nunca que **la familia no ha tenido siempre la misma forma a lo largo del tiempo**. La familia se ha ido organizando según formas históricas muy diversas entre ellas, con equilibrios diferentes con relación a sus dos dimensiones constitutivas: la dimensión generacional y la dimensión sexual.

Asimismo, la relación entre la esfera afectiva y la esfera material ha ido asumiendo características muy diversas en el tiempo y en el espacio.

Esto para decir que **la familia no es una organización estática, rígida, sino una forma vital y, por eso mismo, ajustable**, históricamente capaz de tomar formas diversas cuando cambian las condiciones económicas, sociales, culturales o contextuales. Sigue siendo la misma, y al mismo tiempo no lo es: la familia que hemos experimentado nosotros no es la misma que la de nuestros bisabuelos, o que experimentan nuestros hijos. Y, por otro lado, la familia europea es muy distinta de la familia asiática o africana.

Históricamente la familia ha desempeñado un papel central con relación a lo que en general llamamos **desarrollo**. Desde este punto de vista, la familia – y no de forma retórica – aparece como una preciosa forma social que en muchos casos, y a pesar suyo, ha tenido un papel importante para el Occidente del

mundo ayudándolo a proceder por el **camino de libertad**, y organizando las relaciones sociales por el canal de la **recíproca responsabilidad**: ha ayudado a dar estabilidad a la relación hombre-mujer, a comprometer a los padres en el cuidado y cura de los hijos, a afianzar la *pietas* hacia los padres ancianos, a regular las relaciones económicas, laborales y hereditarias que nacen en la dinámica de la familia, y todos estos son aportes fundamentales. Por otro lado, la familia se ha ido profundamente transformando a lo largo del tiempo, aprendiendo a respetar más la alteridad que la constituye, y que es al mismo tiempo el secreto que la hace tan dinámica.

Y debemos admitir que **el desarrollo ha sido más difícil en las culturas donde la doble dimensión constitutiva de la familia (sexual y generacional) no se ha reconstituido**.

Pensemos por ejemplo en los muchos ámbitos donde la espinosa cuestión de la responsabilidad masculina de cara a los hijos no ha encontrado una positiva solución. En muchos países, el no haber logrado estructurar esta responsabilidad ha representado un problema serio en el proceso de desarrollo social, penalizando sobre todo a mujeres y a menores, que son los adultos de mañana, empujados a reproducir el modelo de abandono que han experimentado, a pesar suyo.

O pensemos en el tema de la educación de los hijos, en la constitución de los patrimonios familiares (el tema de la herencia, también y sobre todo simbólica), en el surgir de las empresas, así como en el rol de asistencia recíproca entre los miembros de la familia (sobre todo en lo relativo a las generaciones).

Y así, en su calidad de conjunto de elementos sexuales y simbólicos, la familia ha sido capaz de juntar la delicada dimensión afectiva y relacional con unas complejas funciones sociales, permitiendo el desarrollo social en su conjunto.

Así como lo conocemos, el desarrollo no hubiera podido darse de no ser por la capacidad de auto-organización de la familia. Bajo este punto de vista, en las diversas regiones del mundo, la situación que tenemos delante no es ciertamente la misma. Hay zonas - por ejemplo en África - donde la familia nunca se ha vivido así como se la concibe en Occidente. Sin embargo, en otros lugares, los principales problemas se desprenden de la pretensión de poder prescindir de la familia.

Ahora bien, más allá de estas consideraciones, lo que nos importa subrayar es que **todas las formas que la familia ha ido asumiendo a lo largo de la historia han tenido sus problemas y sus límites**. Y así como la familia ha hecho posible el desarrollo, así también la madurez cultural de la sociedad ha impulsado la familia a ser mejor.

En primer lugar, **para la familia no ha sido fácil atribuir pleno reconocimiento y dignidad a todos sus miembros**. Solamente en el curso de los siglos, y gracias además a procesos sociales externos y a una elaboración cultural consciente, la familia ha aprendido a reconocer la dignidad de cada uno de sus miembros, a respetar la libertad individual, a crear condiciones para un respeto recíproco que sea más real.

Por así decirlo, con el tiempo la familia se ha ido purificando. En particular, las relaciones familiares se han ido liberando de la idea de posesión o de una asunción acrítica de modelos de desigualdad que el contexto social circundante daba por supuesto.

Pensemos, por ejemplo, al tema masculino/femenino, o padre/hijo, que ha sido re-elaborado a fondo.

Allí donde, por el contrario, el modelo de la 'posesión' no ha sido superado, las consecuencias han sido y siguen siendo dramáticas, como nos lo testimonian muchos hechos de crónica: por lo menos en Italia, la familia es el lugar del mayor número de violencias; en casos de padres separados, los hijos constituyen el objeto de una contienda que asume a menudo tonos de chantaje cuando no de prevaricación; a las mujeres se las castiga con violencia (aunque sea solamente simbólica, publicando fotos privadas e insultos en los *social network*) por querer abandonar al partner, y podríamos añadir mucho más.

En segundo lugar, la familia ha sufrido una **persistente tendencia hacia la degeneración particularista**. El '**familismo**' es decir la incapacidad de abrirse a lo universal y la tendencia a favorecer, dentro y fuera del contexto familiar, a los miembros del núcleo, ha causado múltiples desviaciones amorales: la contraposición entre el bien interno del grupo familiar y el bien de la comunidad más alargada no ha encontrado siempre una aceptable solución. Ha sido y sigue siendo un reto difícil lograr conservar el calor y el cariño intrafamiliar sin comprometer la esfera pública y las condiciones del universalismo necesario para la sociedad. Y mientras en algunas sociedades permanecen problemas que proceden de un familismo regresivo, en otras prevalece un individualismo radical que llega a destruir la familia y deshace el recorrido de humanización sin tener idea de las consecuencias a largo plazo.

Al mismo tiempo hay que subrayar que mediante el mecanismo de regulación fundamental que ha sido el tabú del incesto - la familia ha constituido un mecanismo fundamental para pasar de concebir la sociedad como un clan a concebirla como algo abierto, comunitario y societario. De hecho la familia ha sido históricamente un instrumento extraordinario de des-atadura y atadura de las relaciones sociales. Hay un

'familismo amoral' que hay que evitar, pero hay asimismo un **'familismo vital'**, que es fuente de dinamismo y de desarrollo para la comunidad.

Y no podemos negar que en el curso de la historia secular, la familia ha mostrado la capacidad de saberse adaptar y saber absorber los estímulos positivos que proceden del ambiente que la rodea. Podríamos decir, **sin nostálgicas añoranzas de una supuesta 'edad de oro'**, que **la mejor familia es la que todavía ha de nacer**, es decir la familia capaz de acoger y respetar plenamente a todos sus miembros, más allá de la identidad de género y de la generación de pertenencia, y capaz de alcanzar un equilibrio sensato entre el lazo familiar y el bien común.

~ La familia, como lugar donde nada 'funciona', nos hace humanos y generativos.

En las últimas décadas, en la medida en que se ha ido afirmando un individualismo radical, la familia se ha convertido en un problema. Objeto de ataques (a veces no sin razón) por algunas de sus deformaciones históricas - como el paternalismo o el familismo -, a menudo la familia es objeto de defensa por razones equivocadas. Es por ello que al hablar de familia hay que aclarar bien lo que se dice, tratar de ver cuál es **su núcleo incandescente que, verdaderamente, la califica**. Y nos parece que este núcleo consiste en una **trascendencia doble e irreducible: sexual (masculina-femenina) y generacional (padres/hijos)**. Podríamos decir que cuando se despliega plenamente, la familia se articula en esta doble dimensión. Habrá que admitir, sin embargo, que existen formas parciales y menos complejas, que hay que reconocer.

Pero demos un paso más. El aspecto característico es que se trata de **relaciones que no pueden ser 'simétricas'**. El que sus relaciones constitutivas sean estructuralmente asimétricas hace que la familia sea una forma social sometida a una tensión sin solución; tensión que es asimismo la causa de su dinamismo.

Y esta peculiar estructura hace que la familia sea una forma de vida que es muy preciosa: es decir, un conjunto de relaciones que nos educa a dirigirnos al otro como tal otro. Al otro que es irreducible a nuestro Yo. Desde este punto de vista la familia es la primera **escuela, o maestra, de alteridad**. Y esto porque en la familia - con su entrelazamiento de lazos de sangre, de afectos y de profundos rencores - el otro no puede ser anulado, nunca y como, al revés, ocurre en la casi totalidad de nuestras experiencias contemporáneas, en las que nos hemos acostumbrado a desconectarnos, a desplazarnos, a evitar la alteridad que nos interpela y a buscar solo quienes se parecen a nosotros.

Esto no significa que la familia sea de por sí 'buena'. La familia puede ser también 'mala'. Puede ser una negatividad. Y esto que constituye un problema, no nos puede llevar a la conclusión que hay que borrarla del mapa.

Justamente porque se constituye sobre un doble eje alrededor de relaciones que no pueden ser simétricas, la familia heterosexual y reproductiva es una forma social única en su género. Ya que entramos en el mundo gracias a ella, hasta el punto que podemos decir que **no es el don lo que funda la familia, sino que la familia funda el don**, la excedencia, la gratuidad, lo inesperado. El don de la acogida del otro, de la hospitalidad recíproca, de acompañarse entre 'diferentes', y sin embargo vinculados. Por esta misma razón podemos afirmar que **la familia no es recurso, sino fuente que alimenta la socialidad**: una socialidad donde la diferencia no se con-funde y tampoco se fagocita, es decir no se disuelve en tendencias panteístas que se afirman en el mito de la totalidad y de la homogeneidad sin distinción (tendencias técnicas, territoriales, religiosas) o en la equivalencia despiadada que es fruto de absolutizar muchas individualidades autorreferenciales y absolutas (consecuencia de la lógica consumista que invade todos los ámbitos de la vida).

En un mundo donde parece que tiene valor solo aquello que ensalza la subjetividad individual y donde la libertad se hace coincidir con la libertad de opción, la familia es el punto de encuentro entre relaciones elegidas y **relaciones no elegidas, pero que nos constituyen más profundamente**, en el bien y en el mal (como el psicoanálisis nos lo ha demostrado). Y es por esto que la familia tiene que contar también con nuestra subjetividad. La muy contemporánea idea de "esterilizar" esta variante originaria en aras de un principio abstracto de igualdad (que hay que reconocer y que hay que tener en cuenta) lleva a la deshumanidad, por un camino recto.

El ser padres, como apertura a la trascendencia del hijo, supone alteridad y un amor sin preferencias. Afortunadamente, por lo menos hasta ahora, al hijo no se le elige. Ni tampoco el hijo elige a los padres. Como tal, la familia nace alrededor de una relación sin cálculo que corresponde al **"estado de amor agápico"**. Lo cual no quiere decir 'bueno'. Sino sencillamente no reducible a una opción dictada por el cálculo racional (lo cual no significa que sea irracional).

Si la pensamos así, la familia encuentra el antídoto a una de las peores derivas a las que está expuesta, es decir el familismo, que transforma la particularidad del vínculo en una de las causas de destrucción de la vida en común. Esto ocurre cuando la familia piensa poder dominar su propia alteridad constitutiva encerrándose en sus confines y relacionándose con la realidad como un sujeto compacto y cerrado. Pensemos, por ejemplo, a la práctica de la elección del cónyuge de parte de la familia, para limitar uno de los elementos de su diferencia constitutiva interna. Esta solución, además de desequilibrar la relación entre el grupo de la familia y su miembro, acaba negando la naturaleza misma de la familia: solamente en la medida en que se abre a la diversidad, la familia logra evitar la implosión y el estancamiento.

El **ser padres es también "autoridad sin competencia"**. El aspecto interesante es que se trata de un caso en que la autoridad funda la relación y no al revés.

Pero si esto es verdad, entonces la autoridad de la familia debe ser necesariamente **humilde**, ya que los padres son conscientes de que se les ha confiado algo que supera sus capacidades. En este sentido, esta autoridad humilde no desborda en autoritarismo, porque además los padres son a la vez hijos. No es posible ser buenos padres si no somos capaces de ser buenos hijos. En este caso la bondad no asume en primer lugar una connotación moral ideal según normas abstractas, sino que remite a la **responsabilidad que está enlazada con 'responder'**, a la vida; y en este caso específico pide sencilla pero radicalmente reconocer que algo y alguien nos preceden (somos hijos, con deuda); y en disponernos a acoger esto, alguien y algo, recibirá de nosotros aquella vida que de alguna manera nos supera (somos padres, seres humanos que engendran y que han sido engendrados).

Alguien dirá que las cosas han ido de otro modo y que justamente la familia ha terminado siendo a menudo un lugar de opresión del individuo. Y esto no lo podemos negar. Y podemos añadir, con razón, que en una sociedad plural la familia constituye una forma de vida entre otras, y que no puede pretender el monopolio en la determinación de la esfera afectiva, como ha sido en el pasado. Pero esto no quita que hoy, más que ayer, en la sociedad de los libres, el **significado más profundo de la familia puede emerger en beneficio de todos**, dando los frutos que en el pasado se han, y muy a menudo, perdido.

Por el enredo que la constituye, la familia puede definirse también como aquella forma social que está destinada a no funcionar. Justamente porque es un conjunto relacional constituido por la diferencia y en la diferencia del otro. **La familia no 'funciona', no es eficiente, no resuelve todos los problemas** porque el enredo afectivo en el que nace es demasiado complicado. ¿Pero acaso no es ésta la característica que hace de la familia un extraordinario punto de **resistencia ante todas las derivas tecnocráticas** de la súper-modernidad, ante el tecno-nihilismo y su imperante lógica funcional?

La razón profunda es que la familia, más allá de sus defectos y límites o quizás gracias a ellos, sigue siendo un **lugar de vida**, es decir del misterio del ser, de la prueba y de la historia. Como tal, es también el lugar de la primera miseria y de la posibilidad de redención. Es por ello que el **fracaso forma parte de la vicisitud familiar y el perdón es uno de sus rasgos constitutivos**. Por esto la **oración** es un lenguaje esencial para la familia: no todo puede ser resuelto por la razón.

Al ser vida, la familia es misterio.

Esto significa que más que en el pasado, hoy en día una familia que es capaz de custodiar su propia trascendencia constitutiva, y que es consciente de su límite y de la gracia que acoge, representa un recurso precioso para una sociedad que quiere escapar de la garra del individualismo consumista y de la prepotencia tecnocrática. Por esto es capaz de superar su actual deriva adolescente para volverse hacia lo que hemos llamado "**libertad generativa**".

Con este término, que hemos tomado de E. Erikson, entendemos **libertad post-adolescencia que llega a ser consciente de sí misma**, desde un doble punto de vista. En primer lugar, porque se pregunta que hace de sí misma; en segundo lugar porque entiende y reconoce que hay alguien y algo antes, después y a su alrededor. Por esto, la libertad generativa se compromete a dar vida a algo que tiene valor y que, en un cierto sentido, es la medida de sí misma. .

Al disponerse en el tiempo, se **articula en cuatro movimientos: desear, concebir, cuidar de, soltar riendas**.

La familia es la primera escuela, la palestra de la libertad generativa. Es decir, allí donde nuestra libertad se vuelve capaz de un verdadero afecto, capaz de liberarnos de nosotros mismos.

Por todas estas razones, la **familia alimenta una red de relaciones interpersonales, una sociabilidad, que no borra la diferencia, sino que la valora**.

La fusión que borra la individualidad y la equivalencia que borra las diferencias (y al final también la individualidad misma) son los dos caminos que se andan fácilmente fuera de la familia.

~ Las 'nuevas' cuestiones.

Y en todo el mundo, pero sobre todo en Occidente, **en la familia se han ido debilitando los dos pilares que sostienen su unicidad.**

Por un lado el pilar **generacional**, a lo largo del tiempo, porque las familias son cada vez más nucleares y les es difícil mantener una relación entre generaciones, de no ser bajo forma instrumental de ayuda económica. La dimensión vertical de las diferencias ha cedido el paso a una dimensión horizontal de '**familia múltiple**', donde los hijos, y también los más pequeños, están al tanto de complejas geografías relacionales; donde varios adultos ocupan, en el tiempo, el rol de padres, no como opción sino como consecuencia de una relación afectiva en la mayoría de los casos 'por temporada' (el compañero de la madre, la compañera del padre...). La **precariedad** se convierte en la configuración ordinaria de la vida cotidiana, con efectos imprevisibles sobre el sentido de seguridad ontológica, la confianza en el futuro, la capacidad de cultivar la esperanza.

A veces, sin embargo, las configuraciones pueden llegar a ser estables, como en el caso de los divorciados que se vuelven a casar. En este caso, la indisolubilidad se ha roto, y sin embargo se reconoce la familia como valor irremplazable, y entonces hay que pensar caminos de **acompañamiento** que valoren y hagan madurar la conciencia del significado de la familia.

¿Convivir sin casarse es lo mismo que fundar una familia?

Las premisas que son totalmente distintas (el aspecto revocable que nace de la decepción y de la falta de confianza en la duración) ¿acaso no dan lugar a un hecho relacional con rasgos muy diferentes? ¿Acaso no se trata de una opción más 'privada' respecto al matrimonio, que por el contrario implica a la comunidad y, en el caso de la ceremonia religiosa, también la dimensión sacramental? También en este caso se piensa que matrimonio y convivencia se equivalen, allí donde la diferencia es dada solo por el libre albedrío del yo: una **equivalencia que mortifica la especificidad de ambas opciones**, y que en el imaginario común penaliza el matrimonio (presentando solo las amenazas que supondría para la libertad individual).

Pero también en lo referente al '**género**' lo específico de la familia se va debilitando, con las reivindicaciones de 'equivalencia' de las parejas homosexuales respecto de los derechos civiles, la reivindicación del hijo, mediante la adopción o la fecundación artificial.

Y entonces la familia ¿es una cáscara vacía que es posible llenar con cualquier contenido?

O, por el contrario, ¿es una forma impermeable al cambio, una etiqueta que se aplica solo a una estructura predefinida según la tradición?

Ha llegado, quizás, el momento de decir que no es ni la una, ni la otra cosa.

El desafío consiste justamente en reconocer lo que del modelo tradicional es posible abandonar, lo que no ha funcionado, aquello que ha traicionado la plenitud potencial de la familia, gracias a las provocaciones del presente. Pero, al mismo tiempo, no hay que ceder a la dictadura del hecho concreto que se constata, y a una violencia simbólica que tiende a borrar lo específico en aras de la equivalencia.

Como decía H. Arendt, 'es necesario marcar las diferencias', sin por esto caer en una casuística que se pierde en lo particular, impidiendo encontrar criterios comunes para el discernimiento.

La cuestión de los **hijos** es crucial. Si se los considera como un '**derecho**' a ejercer (sobre todo cuando es negado) más que como un **don** a recibir, y como 'experiencia' que no se olvida nunca, más que como destinatario de una disponibilidad que se ofrece para que otro pueda existir, el hijo, así como las formas de la unión, corre el riesgo de convertirse en un **abstracto objeto de contienda**. Y luego, cuando lo tenemos delante concretamente, no estamos preparados a acoger (nunca lo seremos, si la lógica es solo autorreferencial), y nos estresa, se convierte en un problema que nos da derecho a recortarnos espacios para 'nosotros mismos' (es decir momentos de vuelta a la lógica autorreferencial de la que nunca, en realidad, hemos salido).

Tenemos siempre la tentación de delegar la solución de las cuestiones antropológicas al derecho por un lado (como si el **derecho** fuera 'neutral') y a la **técnica** por otro, en la que reponemos nuestra esperanza de ver realizados todos nuestros deseos, inclusive el de la inmortalidad.

En realidad, la técnica complica a menudo las situaciones (como en el actual debate sobre la fecundación heteróloga) y al estar ausente una reflexión común sobre el significado de la existencia y de la vida, el derecho corre el riesgo de actuar de manera aberrante, o de llegar a justificar sencillamente el *status quo* (como en los recientes casos de reconocimiento del 'tercer sexo').

Y, sin embargo, ninguna cuestión relativa a lo humano puede encararse prescindiendo de una reflexión común, seria, sobre qué quiere decir ser humano en el mundo de hoy.

Por la **doble racionalidad** que la constituye, hemos visto que la familia es un conjunto de relaciones constituido por la diferencia y en la diferencia del otro. La familia no funciona porque el enredo afectivo en el que nace es demasiado complicado. Por esto, la familia que no está del todo bajo el dominio del sistema tecno-económico y constituye una pieza fundamental para superar el individualismo, sigue siendo algo irremplazable en la estructuración de los procesos de construcción de identidad y de la estructura psíquica, y por lo tanto de la **libertad** misma. Si en el pasado, la relación de la familia con el desarrollo ha sido funcional, hoy la base de ese lazo es bien distinta.

En una sociedad súper tecnificada, la familia constituye un **baluarte ante la total absorción por el sistema técnico**: sus lazos, sus relaciones, su vida de cada día, constituyen algo que nos evita una homologación radical con el sistema técnico.

Por este camino, la familia nos permite llegar a sostener el reconocimiento de la existencia del Yo personal y del otro – que al mismo tiempo es condición del Yo. Desde este punto de vista, tiene un rol importante que desempeñar y nos ayuda a colocarnos en el mundo humano de forma singular y específica, es decir personalizada: **padre, madre, hijos/as, hermanos/as no son simplemente roles, sino que son rostros**, que permiten que nuestra identidad más profunda y nuestro sentido de la realidad se radiquen y se refuercen.

La familia es, además, uno de los pocos lugares donde es posible aprender que **la lentitud y la paciencia constituyen también el paso de lo humano**, y que este paso no lo constituyen solo el correr y el resultado. Ahora que todo se vuelve eficiente y poderoso - según el doble principio del poder y del placer, - la familia guarda su especificidad al ser constituida por una lógica distinta: en ella, aquel que se encuentra en una situación de “impotencia”, (el niño pequeño, el discapacitado, el anciano, el que está en paro) es **amado y acompañado, "prescindiendo de"**, y por la sencilla razón de que es aquella persona, de que existe. Porque cada cual es ‘una historia sagrada’ como escribe C. Theobald.

En esta perspectiva más amplia hay que enmarcar el que la familia sigue siendo fundamental respecto a la necesidad de alcanzar un **equilibrio demográfico** – con relación a los problemas enlazados con la superpoblación y el envejecimiento. No se trata de una cuestión meramente técnica o económica. Se trata más bien de una cuestión relativa al **sentido mismo de crecimiento**. Sentido que la familia puede ayudar a encontrar.

~ *Salir de la retórica. ¿Qué tipo de ayuda para la familia?*

Sobre la familia se descargan una serie de tareas socialmente indispensables (el cuidado y la educación de los niños, la asistencia a los enfermos y ancianos, el apoyo al funcionamiento de la vida social mediante el trabajo y la contribución fiscal, la protección de las categorías débiles y la asistencia en los momentos de vulnerabilidad y precariedad económica mediante alianzas intrafamiliares, por no mencionar que unas cuantas).

Y a menudo la familia se convierte en una **bandera que se enarbola (más que todo en clave de defensa)** en momentos de contraposición y contienda electoral, ideológica o religiosa.

Pensamos, sin embargo, que quizás ha llegado el momento en que los sujetos sociales e institucionales que sostienen que defienden la familia, que **demuestren con hechos que lo que les importa es una realidad y no una idea**: por un lado reconociendo que **hoy las condiciones en las que vive la familia han cambiado**, y que tiene que lidiar cada día, por ejemplo, con el hecho de ir ‘contracorriente’ respecto a los modelos culturales dominantes; por otro indicando de manera concreta que se **hace todo lo que es posible hacer para sostener, facilitar, valorar la familia** en su delicado y muy precioso rol social.

Preguntémosnos: ¿aquellos que con palabras sostienen la familia, aportan algo para que la familia pueda realizar plenamente sus potencialidades? **Si decimos que la familia es un valor** (como lo dicen, por ejemplo, algunos partidos políticos y la Iglesia) **¿cómo la valoramos?**

En esto también hay que recorrer un camino que es aún largo: la **política**, con sus opciones concretas (que van del cociente familiar a los permisos parentales, a las fórmulas de trabajo part-time, a la desgravación fiscal), y la **Iglesia** también, por lo menos en tres direcciones.

La primera es repensar, a la luz de las circunstancias que han cambiado, las indicaciones sobre la **paternidad/maternidad responsable**. Por un lado, un contexto socio-económico de crisis profunda que pide no cargar sobre los hombros de la gente más pesos de los que pueden llevar; y por otro redefinir la **relación entre lo que es natural y lo que es artificial** y que la transformación y la difusión de la técnica han impuesto ahora en muchos otros ámbitos y que también la Iglesia acepta sin más (como trasplantes,

substitución de válvulas cardíacas, terapias en fase terminal de enfermedades degenerativas y demás) y todo esto pide que se vuelva a pensar al hecho de la contracepción, liberándonos de la dictadura del hecho concreto, pero con atención y humildad.

La Iglesia, según el estilo que el Papa Francisco está expresando con evidente claridad, tiene en primer lugar la **tarea imprescindible de indicar la dirección, el sentido de nuestras existencias**: un sentido que solo puede ser de **apertura a la vida, un sentido de acogida, de generatividad, de salida de la cárcel autorreferencial del yo**, con sus cálculos y sus límites. Y esto es irrenunciable. Pero en este marco **¿tiene realmente sentido ir a la casuística de los instrumentos y de las técnicas para regular los nacimientos?** Una vez que se excluyen los métodos abortivos, ¿es sensato entrar en la intimidad de la vida de la pareja que ya tiene que hacer milagros en la vida de cada día para vivirla, y cargarla con pesos que al final corren el riesgo de ser perjudiciales e inútiles?

La sexualidad es uno de los lenguajes de apertura y de atención al otro que más hay que cultivar en la vida de la pareja, que refuerza la unión, que da seguridad a los hijos cuando ven que sus padres están unidos y son capaces de expresar su cariño. Si la orientación de la familia es la de generar (y no sólo biológicamente) y si la finalidad es la fidelidad y la unidad de los cónyuges, quizás sea posible dar marcha atrás ante algunas indicaciones concretas, confiando la opción por la libertad a los cónyuges, y teniendo un poco más de confianza. **La 'iglesia de los nones', como el Papa Francisco la ha llamado, no ayuda la familia.** La Iglesia tiene más bien la tarea de ayudar la familia a que diga 'sí', a que sea **gozosamente generativa**, en todas sus múltiples formas de alumbrar, cuidar de (no solo de sus hijos biológicos), transmitir y soltar riendas.

La segunda dirección se refiere a una **actitud pro-activa** que la Iglesia podría asumir ante la familia, ofreciendo un signo concreto y un testimonio indiscutible de que la considera como un valor. Como hemos tratado de sostener, la familia tiene sentido si constituye un núcleo que acompaña la vida de cada miembro, con relación a los demás. La vida de familia, hoy en día, ve que se está modificando el reto que ha de afrontar con relación a los cambios en los itinerarios de vida (especialmente con relación a la movilidad del trabajo y a la longevidad). En muchos aspectos, hoy la familia nuclear se ajusta cada vez menos a las condiciones de vida de hombres y mujeres. Desde este punto de vista la familia tiene que **transformarse**, es decir por un lado **tiene que recuperar sociabilidad** - la familia respira solo si vive en relación con otras familias - y por otro una **mayor flexibilidad** - las fases de la vida que la familia ha de afrontar son hoy numerosas, y por consiguiente su canon de vida puede cambiar. Queremos decir que estamos en una fase en la que es necesario experimentar nuevas formas de vida de familia, formas que no pueden fijarse desde arriba, sino que deben crecer desde abajo. Por esto más que nunca **es necesario que la Iglesia acompañe este proceso de búsqueda**, quizás poniendo a disposición algunas de las estructuras y propiedades inmobiliarias de la Iglesia que hoy están infrautilizadas, o que no se utilizan en absoluto. Y entonces poniendo estos bienes a disposición ¿por qué no incentivar la constitución de nuevas familias y al mismo tiempo de nuevos modelos de vivienda de auténtica cercanía, ayuda mutua, corresponsabilidad en la gestión de situaciones de fragilidad? Esto ya ocurre en algunos casos, en muy pocos. En muchos más casos se prefiere el trámite inmobiliario, a veces malvendiendo bienes que se dieron a la Iglesia para ayudarla en el cumplimiento de su misión, con tal de realizar algo.

¿Cuál es el signo concreto de apoyo que hoy la Iglesia quiere dar a la familia que dice querer defender?

Una tercera dirección se refiere a la reflexión sobre **el rol de la familia en el espacio público**, espacio público que, como es evidente, hoy ha cambiado mucho. Con referencia a este aspecto hay por lo menos dos posibles consideraciones. En primer lugar, no hay que dejarse espantar por lo que está ocurriendo. Los ataques ciertamente son muy fuertes, pero la **familia tiene su solidez y tiene mucho que decir, así que no va a ser derrotada**. Con esto queremos decir que es necesario confiar en la familia y en su fuerza, y lo decimos desde la constatación que la **crisis de la familia convive con una enorme demanda de familia y con la difusión de familias que son cada vez más conscientes de su presencia**.

En segundo lugar, **se necesita una reflexión alrededor del momento del sacramento del matrimonio**. Como hemos visto, la pérdida de esta dimensión ritual es signo de un serio empobrecimiento de nuestra cultura. Son muchos los que no se casan, mientras que por otro lado lo que Dios ha unido a menudo los hombres lo dividen, con un creciente descaro. El síntoma ciertamente preocupa, porque es señal de una pérdida de profundidad de la existencia. Y expresa la fuerza del materialismo tecnocrático que es muy fuerte en nuestro tiempo. Pero, una vez que decimos esto, ¿cuáles son las consecuencias que se desprenden de cara a la idea misma de matrimonio? Si la familia heterosexual e inter-generacional ha dejado de ser la norma social de referencia, el sacramento del matrimonio cristiano solo puede proponerse como **opción vocacional**

específica que necesita de un oportuno recorrido de madurez. Esto significa también volver a pensar en la superposición – que a menudo se da por supuesto – que en muchos países existe entre el rito religioso y el rito civil, superposición que en las condiciones culturales del momento, corre el riesgo de ser superficial, por no decir que induce a confusión. Hoy en día, la **Iglesia tiene la enorme responsabilidad de llevar a cabo una "pedagogía de la vida" que abarca el matrimonio, el bautismo, la confirmación y la unción de los enfermos.** Somos conscientes de que, nunca como hoy, en la autoproclamada sociedad de los libres, paradójicamente se necesita mucho tiempo para llegar a aprender el valor del otro y la hondura de la realidad. Se necesita tiempo para aprender que no existimos como átomos sueltos, sino como personas. Y existimos con otros, que nos han atendido y que nosotros tenemos la posibilidad de atender, en un circuito abierto que nos hace partícipes de una historia y que nos permite tener un nombre. Se necesita tiempo para huir de la idea dominante de que nada tiene valor, de que todo es intercambiable, que la realidad no tiene espesor. Desde este punto de vista, hablar de sacramento del matrimonio significa acompañar al hombre de hoy para que recupere conciencia de todo esto en su experiencia contemporánea.

Y en esta perspectiva de una “pedagogía de la vida” será más fácil afrontar la cuestión de los divorciados y separados, en la medida en que el des-enlace que hoy sufre el enlace matrimonial aparezca como un problema que no es posible dejar solo sobre los hombros de los individuos.

~ Y ¿la vida religiosa? Sed madres, no solteras; padres, no paternalistas. La fatiga necesaria de la reciprocidad.

La exhortación que el Papa Francisco ha dirigido a 800 hermanas reunidas en audiencia el 8 de mayo de 2013 ha suscitado ciertas reacciones: **«Sean madres y no solteras».**

Muchos han considerado la frase un poco tosca, poco respetuosa, quizás algo ‘machista’. Podemos perdonar a Papa Francisco esta frase sabiendo que el Italiano no es su lengua materna y, como nos ocurre a todos, cuando a veces tratamos de expresarnos en lenguas que no conocemos bien, caemos en simplificaciones inevitables y, a veces, ordinarias y es difícil dominar todos los matices.

Es posible, sin embargo, que no se trate de un efecto colateral accidental, sino de una afirmación hecha a ciencia y conciencia, y que justamente por su aparente dureza nos obliga a volver al significado más profundo y auténtico que comúnmente usamos, para regenerarlo rompiendo las incrustaciones que el uso ha depositado en ello.

Y «solterona» seguramente no nace como un insulto, mejor dicho es una especie de término cariñoso que indica a una chica (definida por la sinécdoque que eleva al todo un atributo físico de su femineidad: el seno), en la fase todavía sin madurar, cuando las facciones son definidas ya, pero todo tiene que acontecer aún. De «no casada porque todavía no ha llegado el momento» a «no casada porque ha perdido la ocasión» el paso es breve en nuestra cultura no muy *female friendly*. Pero hay un elemento que une estos dos momentos del **«todavía no»**, caracterizado por la espera y la esperanza y el **«ya no»**, caracterizado por un sentido de pérdida que corre el riesgo de convertirse en resentimiento y falta de benevolencia: el «no».

El riesgo que el Papa Francisco subrayaba sin «ponerse los guantes» es lo que vale tanto para las hermanas como para cualquier ser humano: pasar de un horizonte de **espera**, en el que todas las posibilidades siguen estando abiertas justamente porque ninguna posibilidad realmente significativa se ha concretado, a un horizonte de **añoranza/nostalgia** por aquello que no hemos logrado ser.

Ser madre y no solterona significa dar aquel salto que al impedirnos inevitablemente la posibilidad de hacer «cualquier» cosa, atándonos a una opción específica que excluye otras, al mismo tiempo permite que la libertad no sea una virtualidad paradójica, el simple juego de las posibilidades que se disuelve en cuanto uno trata de hacer algo, y por consiguiente está condenada a no existir jamás.

Y es precisamente ésta la condición para engendrar, que nos pide que nos unamos a alguien, que elijamos un lugar en el mundo (renunciando por lo tanto a otros), que cerremos en un cierto sentido el horizonte de las posibilidades para paradójicamente, poderlo abrir a la vida. **El «sí» se convierte en verdaderamente fecundo, como el sí de María, si uno se entrega aceptando que la vida atraviese el ser y lo transforme,** mucho más allá de lo que nuestra imaginación puede intuir, y por consiguiente con ánimo. Se juntan el **máximo de la voluntad y el máximo de la confianza**, y de esta apertura responsable puede brotar la novedad que, básicamente, nos renueva.

No somos fieles permaneciendo iguales a nosotros mismos, sino acogiendo y dejándonos atravesar por la vida.

El riesgo de la esterilidad, que ciertamente no es solo biológica, sino también existencial, afecta a todos: hombres y mujeres, laicos/as y consagrados/as, sobre todo hoy.

Lo que el Papa Francisco ha dicho con fuerza a las Hermanas es que nadie está exento de este riesgo, y que podemos evitarlo, solo si somos «generativos», es decir capaces de relacionarnos con algo para hacer algo distinto.

Para un religioso/a ¿qué significa hoy ser generativo/a? Porque si no lo es, no puede ayudar la familia de ninguna manera. Y quizás no habría que hablar de esto (porque nos parece una provocación).

Ante todo, significa **recordar que es hijo/a, que ha sido engendrado/a, que ha recibido el don de la vida.** Esta vida ha sido luego **re-engendada** por su opción, ha sido **entregada** para los demás, en el virtuoso círculo de la gratuidad.

Y luego **recordar que es padre (y madre), a pesar de no haber engendrado biológicamente.** Pero no en el sentido de padre-ley, sino en el sentido de **padre misericordioso** del Evangelio, que guarda, hace crecer y luego deja que los hijos se vayan esperando que sus palabras, antes o después, se arraiguen, rezando y quedándose en el umbral esperando con los brazos abiertos, dispuesto a acoger con alegría aquello que puede brotar solo de la libertad.

Y esto pide aquella **reciprocidad** en vigor en la familia, aquella **corresponsabilidad** que habla del lazo que nos une, sin equivalencias y simetrías artificiales. ¿Sabemos ponernos a disposición? **La misericordia es un movimiento de reciprocidad, un dejarse tocar el corazón, y esto nos cambia.**

¿Sabemos cambiar, o queremos que cambien los demás?

¿Pensamos estar en otro nivel o somos capaces de sentir y recoger 'el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación?' como escribe el Papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (n.87).

Y podemos recoger ese desafío solo si nos sentimos miembros y no paladinos defensores de nuestra familia humana.

'Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador!' (EG 87)